

## Transferencia y maldición babélica<sup>1</sup>

*Juan Carlos Capo*<sup>2</sup>

### Resumen

El epígrafe de Umberto Eco es acerca de la búsqueda de la lengua perfecta y se cita el mito babélico de la Torre de la confusión. Esta *confusio linguarum* lleva a relaciones ulteriores sobre la transferencia. El punto de partida está en Freud, Breuer y su célebre paciente Anna O.

El testimonio queda enmarcado en una perspectiva “biográfico-teórica” de un analista, en un país, y grupo analítico, que tuvo la influencia de Melanie Klein, desde los comienzos.

Se cuestiona el par Transferencia-Contratransferencia, y su dinámica fenomenológica del “aquí y ahora”, coma axioma incuestionable.

Se reseña, someramente, la ilustrativa relación Freud-Ferenczi, como ejemplo de atascamientos transferenciales, y en donde se patentizó de candente forma, el problema del fin de análisis.

El autor, finalmente, hace un balance, luego de un recorrido hecho por diversos teóricos (Freud, Klein, Heimann, Winnicott, Bion, Lacan, entre otros), y concluye que el saldo que este panorama arroja no es de fracasos, sino de efectos colaterales promisorios para el análisis.

---

<sup>1</sup>. Trabajo presentado y discutido en agosto c. 1996. Agradezco a María Bordaberry la traducción del resumen al Inglés, y a María Claudia García por su paciente colaboración en las referencias bibliográficas. Los puntos de vista conceptuales se mantienen. Se han reescrito algunos párrafos con vistas a su publicación.

<sup>2</sup>. Miembro Titular de APU. Feo. Soca 1395/901.C.P. 11300.  
E-mail: juanccapo@netgate.com.uy

## Summary

Umberto Eco's epigraph refers to the search for a perfect language and the babelic myth of the Tower of Confusion is quoted. This "confusio linguarum" leads to further relations about transference. The starting point is Freud, Breuer and the famous patient Anna O.

A "biographical-theoretical" perspective of an analyst in a country and an in analytical group, who had Melanie Klein's influence from the beginning, provides the setting for the testimony.

The pair Transference-Countertransference and its "here and now" phenomenological dynamic as an unquestionable axiom is argued about.

The enlightening relationship between Freud and Ferenczi is briefly described as an example of obstacles in transference and where the problem of the end of analysis became evident.

Finally the author, after surveying several theories (Freud, Klein, Heimann, Winnicott, Bion, Lacan among others), draws up a balance and concludes that the remainder of this outlook is not one of failures but of collateral effects, promising for analysis.

**Descriptores: TRANSFERENCIA / RESEÑA / CONTRATRANSFERENCIA**

*"El Génesis recupera, y de manera muy explícita, el tema lingüístico en 11, 1 y ss. Después del Diluvio, 'toda la tierra tenía un solo lenguaje y unas mismas palabras', pero la soberbia llevó a los hombres a querer competir con el Señor construyendo una torre que llegara hasta el cielo. El Señor, fiara castigar su orgullo e impedir la construcción de la torre, decide: '¡Ea!, pues, bajemos y una vez allí confundamos su habla, de modo que unos no comprendan el lenguaje de los otros... Por esto se la llamó con el nombre de Babel, porque allí confundió Yahvé el habla (...), y de allí los dispersó Yahvé sobre la superficie de toda la tierra... (...)*  
*"Si las lenguas ya se habían diferenciado después de Noé, ¿por qué no*

*habrían podido diferenciarse incluso antes? Nos encontramos aquí ante una incoherencia en el mito babélico. Si las lenguas no se diferenciaron por castigo sino por tendencia natural, ¿por qué hay que interpretar la confusión como una desgracia?”*

Umberto Eco (La búsqueda de la lengua perfecta) (6)

## **I) Introducción**

La palabra alemana *Übertragung* (Transferencia), se abre a significados múltiples: transmisión, transposición, contagio, infección, transcripción, versión, cesión, endoso, delegación, traslado y transporte.

En el principio del análisis fue el mesmerismo, y luego la hipnosis, visión “cientificista” y científica, del neurólogo francés Jean Martín Charcot. Freud tuvo acceso al “hecho nuevo” en la Salpêtrière, en 1885. Las enfermas histéricas que Charcot llamó clownescas, contorsionistas, aletargadas, hicieron posible el nacimiento de una simiente que se alojó en la cabeza de Freud.

En el discernimiento del análisis psíquico, que Freud empezó a avizorar, mucho tuvieron que ver, pues, las pacientes histéricas de Viena y de la Salpêtrière.

Freud estaba, por otra parte, ya “en transferencia”, contaminado por el relato que le hiciera Josef Breuer, mentor y amigo, sobre una paciente singular.

Berta Pappenheim, más conocida como *Anna O.* (7), hizo saber a Breuer de una suerte de terapia “*sui generis*” que ella acuñara, catarsis aristotélica que llamó “limpieza de chimenea” y, también, “cura por la palabra”.

Anna O. fue, “la mujer que inventó literalmente el psicoanálisis, invención hecha en ingles, en una joven que olvidó el alemán, y hablaba en varias lenguas extranjeras” (24).

Freud también viajó a Nancy y habló con Bernheim. Bernheim le reveló que en el corazón de la hipnosis yacía la sugestión. Y también le confesó su impotencia con determinados pacientes, a los que llegó al extremo de rogarles, decepcionado, “¿Qué hace usted, pues? Vous vous contrasuggestionez!” (“¿Usted se contrasugestiona!”).

Freud recordó años más tarde, que se esbozó en su mente, ya en aquel entonces, plantearse el problema así: “Si Cristóbal llevaba a Cristo y Cristo llevaba al mundo entero, ¿en dónde apoyaba el pie Cristóbal?” (12).

## 2) Un poco de historia

En el itinerario de esta búsqueda se halla el encuentro de Freud con lo que él llamó, en aquel tiempo temprano, “transferencias”, y se asistió en las primeras publicaciones a un brotar y rebrotar de “transferencias”, que no es todavía la noción más compleja, que él conceptualizó luego como la “Transferencia”.

En los orígenes se encuentra la “transferencia neuronal”, que Freud cita en el “Proyecto”, o la “transferencia simétrica” de una mitad del cuerpo a otra, en el trabajo sobre las parálisis motrices orgánicas e históricas.

Sigue en “*Die Traumdeutung*”, cuando Freud cita las experiencias infantiles más antiguas de una soñante, de esas que no tenemos ya más como tales, y dice que son reemplazadas en el análisis por “transferencias y sueños” (9).

En “Estudios sobre la histeria” se hallan estas palabras reveladoras: la relación personal del paciente con el médico se adelanta hasta el primer plano de manera abusiva (el subrayado no está en el texto de Freud), y aún parece que esa ingerencia fuera condición insoslayable para abordar el problema (7).

Freud colocaba de este modo los cimientos esenciales de la Transferencia, fundamento axiomático del método, palanca terapéutica de su teoría e instrumento conceptual, explorador y verificable a diario en la práctica analítica (ref. 9 a 17).

La transferencia es anfibia en su esencia, móvil en su configuración, hecha de amor y odio, y también de resistencia a saber de sí. Las palabras no alcanzan a cubrir la complejidad real de las pasiones amorosas, recelosas de la economía libidinal narcisista y de la respuesta agresiva con la que el paciente se resiste, ni tampoco recubren la complejidad de las pasiones del odio, con la necesaria inclusión en éste, de la indiferencia y el desprecio. Vale lo mismo para el amor, porque detrás de su máscara puede ocultarse el hechizo, la fascinación, y la locura persecutoria. Pero hay que decirlo: es de esa noción anfibológica, tanto para el amor como para el odio, de ese amor y de ese odio, entrelazadamente ceñidos, que se forma el núcleo de la transferencia.

También se puede encontrar transferencia en el mundo de la familia o en la vida social, en la adhesión (o repulsa) que despiertan ídolos deportivos, políticos o religiosos. También en esos ámbitos se muestra la transferencia, con las correspondientes manifestaciones de sugestión e identificación, y por último, pero no menos importante, en las comunidades analíticas, con inextricables redes y zonas de cruce. Ni se puede

omitir la referencia a la medicina, y/o a la psiquiatría, en donde la transferencia se presenta, muchas veces, en forma distorsionada, silvestre, y la transferencia despunta en forma de remedo vicario no menos eficaz: sea como sugestión terapéutica, sea como dependencia idealizada, o como temor a la consulta, y al abandono de un tratamiento. Subyace a la identificación el lazo afectivo y quedan enlazadas ambas con el sello real de un componente transferencial (12).

Los requerimientos o demandas de las primeras pacientes de Freud, –incluida la acepción de exigencia y querella que la palabra “demanda” arrastra– tenían que ver con el Amor, con la dependencia, con el sentirse relegadas, y con el temor a que afloraran en ellas deseos hacia la persona del analista.

### *Digresión sobre el amor*

Según el mito griego, Amor tiene origen humilde, Pobreza fue su madre, pero Amor se enriquece con las artimañas de Recurso, su padre. (Se parafrasea aquí el relato que Diótima hiciera a Sócrates en el Banquete.) (23)

El requerimiento erótico de una paciente era una acción resultante de una perspectiva errónea, de un enlace falaz, que tenía y no tenía que ver con el médico, pero la tela era la misma de la relación amorosa, como Freud comprobara en su práctica y teorizara a propósito de ello en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (15). De falso enlace también, de compulsión a asociar o “mésalliance”, denominó Freud a esta asociación desacertada, centrada en la vida y persona del médico como *resto*. Y esta errónea asociación iba a demostrar enseguida su alcance. De ahí la referencia al mito relatado por Diótima. En uso de licencia expositiva puedo decir que Eros, ciego y pobre, llama a la puerta del consultorio, junto con el (la) paciente. Se alinean Eros y transferencia, una compañía obligada que al tratar de transferencia no se puede omitir.

### **3) La transferencia del amor**

Freud, pues, iba a teorizar la transferencia analítica en el enclave de “la vida amorosa”. En la hoguera transferencial, el amor se hace presente apareado al odio. El amor es vehículo también del odio, noción de “ambivalencia”, concerniente a los sentimientos, que Freud tomó del psiquiatra suizo Eugen Bleuler, pero también de Platón (10). (En el historial de Ernst Lanzer conocido como “el hombre de las Ratas”, Freud trae la siguiente cita de Platón: Alcibíades: “Sí, a menudo tengo el deseo de no verlo más entre

los vivos, y sin embargo, si ese deseo se realizara alguna vez, yo sé que me volvería mucho más desdichado aún: tan inerme, tan totalmente inerme estoy frente a él”) (10, 23).

En “Dora”, las transferencias duplican y multiplican con su par amor-odio el laberinto transferencial del cual Freud no pudo escapar, ya fuera debido a la contratransferencia, como sostiene Luisa de Urtubey (26), ya a una vislumbre tardía de la transferencia a secas. De estas vertientes brotaron los elementos que Dora esparció a lo largo de su análisis, pero que Freud no supo ver en su momento: el incendio, el alhajero, la contemplación por Dora de la Madonna, la estación del tren, el cementerio, y los síntomas de tos y afonía.

La transferencia no fue examinada en el curso del breve tratamiento, dice Freud en las palabras preliminares del caso, y en el epílogo abunda sobre el no haber podido detectar mociones transferenciales, tanto eróticas, como hostiles, de Dora hacia él. Pero el personaje x, objeto sustentador del fantasma y del deseo oral de Dora era la señora K, con la “blancura *adorable* de la piel”, según las palabras de Dora, fantasma y deseo que Freud discernió tardíamente, cuando ya la joven había decidido dejar el tratamiento (25). Ese error demostró ser fecundo, para afrontar el enigma de aquella adolescente en su singular universalidad de mujer (13).

La transferencia con un hombre mostró ser distinta. El trabajo analítico, le dirá Freud, al “hombre de las Ratas”, en el comienzo del tratamiento, debía cumplirse, presentificando la ausencia: el padre muerto que retorna, la enfermedad neurótica ejerciendo efectos desde la infancia, los deseos infantiles reanimados, los pensamientos inconcientes de los que no se sabe mucho todavía, la apariencia inextinguible de los síntomas (12). Dicho historial importa porque ilustra cómo manejó Freud, de otro modo, la técnica analítica y la transferencia. Se podrá argüir que mucha agua corrió bajo los puentes desde entonces, pero el sostén transferencial, que tan útil le fuera a Freud en el tratamiento del joven universitario, contaba con “transferencias” y con la transferencia. Freud no trabajó, forzosa y forzosamente, al pie de ella. Aunque las diatribas del joven paciente eran crueles, groseras, incluso repulsivas, para con Freud, para con la madre de Freud, y para con su hija Matilde, Freud supo tomar distancia ante ese “grumus merdae”. Ese distanciamiento profesional se podría equiparar a la expectación de la que se muñe quien debe desarmar un juego de cajas chinas, o al talante de un cirujano, imperturbable y frío, que se inclina sobre su material y porfía en su trabajo, hasta llegar,

a la manera de los movimientos del caballo en el juego de ajedrez, al núcleo patógeno, a los puntos nodales de contenidos y resistencia (7). Y esto fue lo que Freud hizo.

Más tarde, en “Sobre la dinámica de la transferencia” (11), Freud se refirió a la distinción de transferencia positiva y negativa, estado de cosas que hacía tener muy en cuenta a la transferencia como bastión de resistencia dentro de la cura. La operatividad de la misma estaría mediada por una transferencia negativa o una positiva de mociones eróticas reprimidas. De allí deriva el aprovechamiento, no exento de riesgos, de la transferencia positiva, ya que acechan en la misma desvíos eróticos, que pueden tornarse en amor de transferencia y aún en pasión de transferencia, según feliz expresión de Piera Aulagnier. Desde allí a la transferencia hostil, incluso paranoica, no había sino un paso. Pero también de la transferencia negativa es posible extraer frutos. De ambos signos transferenciales es ocioso resaltar su utilidad, como también de las señales de angustia, indicadoras de la proximidad al núcleo de recuerdos, experiencias, ilaciones de pensamiento, que Freud señala en el capítulo de “Psicoterapia”, en “Estudios sobre la histeria” (7).

#### **4) ¿Una biografía bibliográfica?**

Sigmund Freud, Melanie Klein, Jacques Lacan, Donald W. Winnicott, Christopher Bollas (en menor medida Wilfred R. Bion), son los autores, que más han influido al autor de esta exposición.

Parece bastante claro que se corre el riesgo de incurrir en una enumeración taxativa, sospechosa de “tolerancia niveladora frente a cualquier saber” (definición de sincretismo que da Umberto Eco) (6).

No se podrá prescindir en estas líneas, como se verá, del contexto histórico cultural de una sociedad y de un grupo analítico: el grupo uruguayo, con sus afluentes regionales y universales.

Uno de los perjuicios de esta diversidad de lenguas es que se pueda privilegiar el objetivo de una *summa* imposible. Nietzsche, cuando producía, decía que no quería leer nada, para que las voces de los otros no fueran a interferir su propia voz. Freud sostuvo algo parecido, respecto a la lectura de Nietzsche, precisamente, y también respecto a Schopenhauer. El resultado fue que no pudo escapar a la influencia de ambos.

El relato de un trayecto biográfico en relación al psicoanálisis está hecho del saldo que arroja el análisis personal y de la experiencia propia del analista con su bagaje

personal de vida y de formación teórica y clínica. La experiencia teórica, tópico criticado con frecuencia, procede del estudio de los textos y es de otro orden que la del contacto con la realidad de los pacientes, pero es experiencia vivida también. Los puentes entre una orilla y la otra, la teoría, la vida, son innumerables y se marcha por ellos a diario, siempre. Este menosprecio a la reflexión, y al trabajo teórico con los textos, está extendido y entiendo que implica desvíos y riesgos.

En suma, la experiencia teórica y clínica de un oficio, es siempre recomenzante, como ha sido dicho. (Aunque la expresión “recomenzantes” les cabe a los analistas, quizás importe recordar que esa denominación es de Husserl, que la aplicó a la fenomenología y a los fenomenólogos).

En esta recorrida “sui generis”, el lenguaje plantea problemas técnicos insoslayables. El lenguaje por ejemplo, que importa tanto para la técnica. Además, el lenguaje tiene también una condición anfibia y aloja siempre “opiniones encontradas”, que no son puntos de encuentro, sino de debate apasionado, las más de las veces.

Retomo el hilo del itinerario “biográfico-bibliográfico”.

Los motivos, las afinidades personales, las consecuencias de determinadas elecciones no son siempre transparentes. El bagaje personal de quien esto escribe lo llevó a estos autores y a su vez estos autores incidieron en su bagaje personal. El bagaje incluye: mociones pulsionales, deseos e ideales (sociales, culturales, políticos), lazos familiares, puntos ciegos, más los aportes de la literatura y la poesía, el cine, la música, la filosofía; y cuando el autor era joven, la medicina social, y ya de adulto, la psiquiatría (rasgo identificador que nunca dejó caer), más la huella indespegable de la lengua materna.

Freud encabeza la lista reseñada más arriba, pero por un pelo no fue Melanie Klein, por la impronta que tuvo su enseñanza en los fundadores del grupo rioplatense: Willy y Madeleine Baranger, pioneros y fundadores, que procedían de Francia, y de la filosofía, se radicaron en Buenos Aires, y tendieron lazos entrañables con Montevideo, y tuvieron incidencia capital en la fundación del grupo analítico uruguayo.

En el trayecto le toca ahora a Octave Mannoni que caracterizó la relación de Freud con Fliess como “Análisis original” (22). Esa relación no fue solamente epistolar, transcurrió en un periodo de considerable duración: 1887-1904, y es destacable que a estos encuentros Freud los llamara “Congresos”, y le manifestara a Fliess, que en ellos, él era su único público.



Ernst Jones, Peter Gay, en sendas biografías, y Didier Anzieu, en libro homónimo, dieron en cambio a esa relación, el nombre de “Autoanálisis”, palabra del idioma castellano que se las trae, al proponer “autoanálisis” como versión del original alemán “*Selbstanalyse*”. Resulta realmente problemático que se traduzca “*selbstanalyse*” como “autoanálisis”. “Autoanalizarse” queda presentado así como acción que emerge de un sujeto agente de discernimiento, dueño de su intención y voluntad, y que puede reflexionar con libertad y claridad y se puede adueñar de un conocimiento de sí o de una acción que proceda de un yo conciente. Se emparenta esa acción de este modo, ya a una especulación filosófica, ya a una introspección psicológica, pero no al análisis. Freud descartó que el “*selbstanalyse*” fuera posible hacerlo desde la propia persona.

Aquel aforismo freudiano de que siempre necesitó un amigo a quien amar, y un enemigo a quien odiar, reflexión hecha a raíz de las desavenencias y trifulcas con su sobrino John, es convergente con la importancia de la relación de alteridad, alienación, enajenación, que subyace en todo ser humano y que fueron constantes en Freud. Ellas testimonian de la raíz de discordia, que se repitió luego en forma recurrente y sucesiva con Wilhelm Fliess, Carl G. Jung, y años más tarde con Sandor Ferenczi, en una amistad que se prolongó por más de veinte años, en términos tan agradables como tormentosos (8, 17).

“Triunfé allí donde el paranoico fracasa” –sentenció Freud, en frase dirigida a Ferenczi, en carta del 6 de octubre de 1910, reseñando la relación con Fliess. Esta frase no sólo parecía resumir el problema de la paranoia, sino que atañía también a la relación entre ambos y, probablemente, al fin del análisis de Ferenczi con Freud (5).

## **5) Las complejas relaciones de Freud con Ferenczi**

¿Qué reclamaba Ferenczi de Freud? Un mejor análisis. Es el resultado esperable en cada análisis, podrá confesar, con cierta precaución, el analista. Quizá, cortando un poco grueso, se podría decir que Ferenczi, hubiera querido un mayor análisis de la transferencia negativa, y una mayor reciprocidad de Freud para con él. Esta actitud implicaba un borramiento de la asimetría (o disimetría) entre analista y analizando. Ferenczi confesaba a sus pacientes lo que sentía, y oía lo que el paciente podía decirle a este propósito. Después, él a su vez se aprestaba a oír la confesión del paciente. Esto hacía, decía Ferenczi, que el análisis fuera menos acartonado, menos sujeto a las asociaciones del paciente, y privilegiaba la condición de “encuentro humano” que el análisis debía tener.

En setiembre de 1931, Ferenczi le escribió a Freud: “Bien puede imaginar lo difícil que es empezar de nuevo, después de una pausa tan prolongada. Pero en el curso de su vida, usted ha encontrado tantas cosas humanas, que también comprenderá y perdonará un estado como este repliegue en uno mismo”. En este interregno, Ferenczi estaba “sumergido en un difícil trabajo científico de purificación interna y externa” (carta de Ferenczi a Freud del 15 de setiembre de 1931). Freud contestó inmediatamente: “¡Por fin de nuevo un signo suyo de vida y amor! (...) No tengo ninguna duda de que, con estas interrupciones del contacto, usted está separándose de mí cada vez más. Espero que no se esté volviendo cada vez más extraño. (...) Según su propio testimonio, yo siempre he respetado su independencia” (carta de Freud a Ferenczi del 18 de setiembre de 1931). Pero a fines de ese año, la creciente incomodidad de Freud respecto de las innovaciones técnicas que estaba realizando Ferenczi se confirmarían. Las concepciones de Ferenczi sobre “terapia activa” buscaba superar la opresión del “lenguaje de la pasión”, que el adulto infligía al lenguaje del niño. Ese abonar la transferencia con la reciprocidad y la simetría entre paciente y analista, incluía el amor. “Como siempre, he disfrutado de su carta, de su contenido menos”, le dijo Freud a Ferenczi, en una extensa carta dedicada a un único tema: “la técnica psicoanalítica”. La ternura maternal de Ferenczi se apartaba de la regla: “La necesidad de una autoafirmación desafiante, me parece, es más fuerte en usted de lo que reconoce” (carta de Freud a Ferenczi del 13 de diciembre de 1931) (17).

La sagacidad analítica de Ferenczi y los problemas que dejó documentados con sus búsquedas herejes son de una riqueza tal que los interrogantes levantados siguen manteniendo su potencialidad de problemas técnicos irresueltos.

(Hay entre otros tantos un punto irresuelto del análisis, pero es preciso hacer una mención a él. Es la íntima relación existente entre la transferencia y el fin del análisis, y sobre todo, el análisis que Ferenczi llamaba el verdadero análisis: el análisis didáctico. Estas zonas de reflexión, si bien están implicadas y tocadas aquí, exceden los alcances de este trabajo).

## **6) Las ideas de Freud sobre la cura**

Tampoco le importó a Freud confesarle a un paciente norteamericano –Abram Kardiner, psiquiatra y antropólogo, que se analizó con él en 1921, y a quien Freud le confesara sus pensamientos más íntimos– su opinión acerca de cuestiones atinentes a la idea de cura, transferencia y teoría. Kardiner le preguntó qué pensaba de su práctica y de sí mismo.

Freud contestó: “Estoy contento de que me haga esta pregunta, porque, para decirlo francamente, los problemas más terapéuticos no me interesan demasiado. Me pongo demasiado impaciente. Tengo ciertos handicaps que me impiden ser un gran analista. Entre otros soy demasiado padre. En segundo lugar me ocupo todo el tiempo de teoría, me ocupo demasiado de ella, de tal forma que las ocasiones que se me presentan me sirven más para trabajar mi propia teoría que para dedicarme a cuestiones de terapia. En tercer lugar no tengo paciencia para conservar mucho tiempo a la gente. Me canso de ellos y prefiero extender mi influencia” (24).

### **7) Transferencia-Contratransferencia: ¿un axioma incuestionable?**

En la primera versión de este trabajo, en el ítem en torno al par Transferencia-Contratransferencia, el encabezado rezaba tímidamente, así: “antecedentes, derivaciones, divergencias, problemas, interrogantes”.

En la reescritura, el nuevo título del apartado acentúa el énfasis que no duda y cuestiona, en el sentido de no asentar y aceptar una posición única, una posición oficial sobre el tópico de la transferencia.

(Parece ocioso subrayarlo, además, dado que de la lista de autores mencionados, cualquiera de ellos puede merecer objeciones por el manejo distinto que hacen de la transferencia, según concepciones que tienen de ella, también diversas).

En las sesiones de análisis, fuegos y vientos pasionales se desatan, y el padecimiento alcanza, aunque tal vez no por igual, a paciente y analista. También ha sido dicho que un análisis es una borrasca en un diván, y las consecuencias de tal borrasca, pueden no ser evitadas. Si ellas se producen, no hay que extrañarse, ya que es propio del análisis que se produzcan. Pero si los sentimientos personales liberados, que pueden ser recíprocos, son apalabrados en esa “comunidad entre dos” (1), ponerse ante las palabras y las acciones del paciente, de un modo interrogativo que no rehúya hablar de eso, lleva a analizar lo concerniente a ese “entre dos”, todas las veces que sea necesario. Este punto de vista es distinto a remitir todo a UN único punto: los avatares del par Transferencia-Contratransferencia.

Es que la efectividad posible de la marcha de un análisis no se sustenta en una simetría, centrada en “lo mío, lo tuyo”, sino que el eventual avance implica erguirse ante esa intersubjetividad instalada plenamente de hecho en lo que se ha dado en llamar la “situación” transferencial (otro vocablo transplantado de la fenomenología).

Esa dinámica intersubjetiva puede crear problemas, como vimos a propósito del amor de transferencia. La propia experiencia de Freud en Dora, junto a los atascamientos de Jung y Ferenczi con sus pacientes: Sabina y Elma, debieron dar motivo al trabajo de Freud sobre el amor de transferencia.

En 1910, en “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”, Freud mencionó la “*gegenübertragung*” (contratransferencia: una traducción tan discutible como la de autoanálisis), que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente. (...) Sobre la contratransferencia, Freud afirmó “no estamos lejos de exigirle (al analista) que la discierna dentro de sí y la domine” (14). Volvió a usar el término en dos o tres menciones más que hizo de la misma en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (15).

El vocablo “contratransferencia” pasó a tener en el ámbito analítico una relevancia equiparable al de “transferencia”, si no tuvo más. La fuerza que toma prestado del prefijo “contra”, arrastra una indudable connotación “defensiva”, y embarca al análisis, doctrinaria y técnicamente, en una dirección: el trabajo de las defensas, sobre las defensas, con las defensas.

Traducir “*Gegenübertragung*”, como “Contratransferencia” no es incorrecto, se encuentra en el original alemán, y es lingüísticamente irreprochable. Pero no son menos correctas otras posibles traducciones: transferencia recíproca, transferencia al lado, transferencia enfrente, transferencia con, transferencia para con, transferencia hacia...

Freud volvió a hablar de “contratransferencia” en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” y se explaya respecto a que el enamoramiento de la paciente ha sido impuesto (al analista) por la situación analítica y no puede atribuirse a que esto sea por las excelencias de su persona. Se pronuncia, además, en contra de propiciar artificialmente estas condiciones, sabe que está escribiendo para médicos que tienen que luchar con dificultades serias. Luego, en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), acuña la siguiente fórmula, él, que era renuente a darlas... (el médico) “debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor” (11). La metáfora del teléfono, como la del espejo, incluida en el mismo trabajo, levantó polvareda, y la continúa levantando. Otro tanto con la ficción del espejo, entendida en el sentido que la persona del analista no se haga transparente para el analizando, y que el analista ofrezca su persona como superficie de azogue, lo más bruñida y fiel posible, para reflejar el inconsciente del paciente.

La virtualidad aniquilante del espejo evoca, por añadidura, la duplicación y la multiplicación. En un cuento de Borges se lee: ... “los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres” (4). Se conjuga en el hallazgo borgiano, erotismo y muerte. Aunque el espejo evoca también la mirada de la madre, dando lugar a una “estrategia de ilusión”, que trae ecos de Winnicott, y también de Eco.

Si pensamos cómo fue el trato de Freud con “el hombre de las Ratas”, o el análisis con Kardiner, veremos que la fábula del espejo, con su meta de opacidad instrumental para un mejor manejo terapéutico, era un ideal, una aspiración imposible de llevar a cabo.

De modo que Freud no rechazó, así lo entiendo, la idea del analista metido en el análisis, y menos que menos que el analista fuera un espectador que estuviera *incluido afuera*. Freud comprendía que el analista estaba radicalmente implicado en lo que allí se desenvolvía, e instalado en el ojo de la tormenta de la relación transferencial.

“El psicoterapeuta analista debe librar así una lucha triple: en su interior, contra los poderes que querrían hacerlo bajar del nivel analítico (...) sabe que trabaja con las fuerzas más explosivas y que le hacen falta la misma cautela y escrupulosidad del químico”... sostiene Freud en “Puntualizaciones”... “Deberá trabajar con arte, con hierro y con hielo”, así de compleja es su tarea y así de envuelto está en ella, dice Freud también (15).

## **8) Avatares del par Transferencia-Contratransferencia**

La complejidad de la dialéctica intersubjetiva –la fenomenología, otra vez– del par analista-analizando (1) y la ya referida noción de “contratransferencia” se puede rastrear en Melanie Klein.

En el trabajo de Klein “Los orígenes de la transferencia” (20), la autora plantea que “el amor y el odio, las fantasías, angustias y defensas, operan *ab initio*, inextricablemente ligadas a las relaciones de objeto (...) y la transferencia se origina en esos mismos procesos (...) Así pues el análisis de la transferencia negativa, que ha recibido relativamente poca atención en la técnica analítica, es una condición previa del análisis de los niveles más profundos del psiquismo. (...) El análisis de la transferencia negativa como el de la transferencia positiva y la interconexión de ambas es (...) un principio imprescindible para el tratamiento de todo tipo de pacientes, tanto niños como

adultos”. Y más adelante: ...”los relatos de los pacientes acerca de su vida de cada día, sus amistades, sus actividades, no sólo dan una comprensión del funcionamiento de su yo, sino que revelan –si exploramos su contenido inconsciente– las defensas contra las angustias despertadas en la situación transferencial” (el subrayado es mío).

El corolario de enunciado doctrinario de Melanie Klein lleva inexorablemente a lo que Christopher Bollas en 1983 llamó “la revelación del aquí y ahora” (3), entendida la palabra revelación en su acepción mística, de militancia religiosa. Bollas, analista norteamericano, radicado en Londres, extrajo esta noción de “revelación” del pensamiento kleiniano. El pensamiento de Klein se contraponía a la doctrina del Grupo independiente de la Sociedad analítica británica. “El recurso kleiniano, resume Bollas, “consistía en que todos los objetos narrativos, eran forzosamente metáforas de la relación paciente-terapeuta”. “Escuche lo que dice el paciente” –insistían a su turno los kleinianos”, cuenta Bollas– “habla de usted y de él (...) cambie su discurso en interpretación de la transferencia” (subrayado mío). De este modo, concluía Bollas, el analista está constantemente ocupado en traducir cada fragmento de material en referencia a él.

Pienso que del artículo kleiniano transcrito más arriba, que centraba el trabajo en la situación transferencial!, en la pesquisa de la transferencia negativa, de cómo el inconsciente del analista se entendía con la misma, de cómo repercutía en él, en su inconsciente ante todo, y de ahí dar un paso más hasta el “aquí y ahora”, como pivote de la tarea, había un muy pequeño paso a dar, y ese paso se dio, porque entiendo que hay una organización de la materia teórica así planteada, con esos parámetros de continuidad de contenido y de acción técnica resultante.

En un dilatado artículo sobre contratransferencia, editado en el boletín de la Sociedad Psicoanalítica de París, en 1994, Luisa de Urtubey, tributaria en su formación del pensamiento de Racker y de Willy y Madeleine Baranger, desprende la noción de contratransferencia de la situación analítica. En el resumen hecho para la revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina, comienza por hacer una (larga) enumeración de la contratransferencia que se podrá manifestar, dice (no directamente) “a la conciencia como signo a descifrar no identificado ni comprendido de inmediato” (...) “que surge bajo forma de afectos, sentimientos, asociaciones, representaciones, fantasías, imágenes, lapsus, actos fallidos, interpretaciones o intervenciones surgidas de manera impensada”, y continúa: “sueños, proyectos, metáforas o comparaciones inesperadas, todos

fenómenos que son o bien retoños derivados del inconsciente, o bien expresiones directas del mismo, tales como algunos afectos invasores”.

No aparece la contratransferencia como que afectara a uno solo de los integrantes de la pareja. De acuerdo a Racker, la autora entiende la contratransferencia como una situación que afecta a ambos, y aquí está incluido el “entre dos” de “Willy Baranger.

Luisa de Urtubey caracteriza a Racker como formulador de la teoría moderna o totalista de la contratransferencia, expositor de los puntos de vista más interesantes y válidos sobre la misma, dice, y bastante distintos de los de Paula Heimann, agrega.

Las hipótesis de Racker comprenden: la participación del analista en la situación analítica; la necesidad de comprender la transferencia, gracias a la contratransferencia; la descripción de dos tipos de identificación del analista a su paciente; la búsqueda de solución al problema de la fuente de energía de la contratransferencia, en referencia al papel de la k. señal de angustia; la noción de neurosis de contratransferencia.

La interpretación principal, sostiene Racker, dice de Urtubey, es la de la transferencia, que surge de la contra transferencia. Ella afecta la capacidad del analista, y Racker sostiene que la contratransferencia influye P (e incluye) al paciente también, y sobre todo a su transferencia, pero es “ “la toma de conciencia por el analista” (las comillas son mías) de su contratransferencia (la del analista), lo que permite romper los círculos viciosos (...) Existe un paralelismo entre la situación psíquica del analista y la del paciente: ambos en interrelación, ambos en asociación, con la diferencia de que el primero tiene más recursos para conscientizar (el subrayado es mío) sus asociaciones y el analista toma conciencia (subrayado mío) de la contratransferencia latente, dinámica, por medio del autoanálisis (subrayado mío).

La noción de contratransferencia queda reservada para el analista, la de transferencia, para el paciente.

El pensamiento de Racker es una pasamanería de muchos ornamentos. Añade a la neurosis de transferencia de Freud, una neurosis de contratransferencia; a la transferencia positiva y negativa, le agrega una contratransferencia positiva y negativa, a las identificaciones del paciente con el analista (yo o superyó), le suma las identificaciones del analista con el yo, con el ello, con el superyó de su paciente, y aún otras.

En 1949, Paula Heimann escribió un célebre artículo, “Acerca de la contratransferencia” (19). En él conceptualizó la contratransferencia como “la totalidad

de los sentimientos que el analista vivencia hacia su naciente” Esto, continúa, no lleva a la conclusión que la contratransferencia sea un factor de perturbación y que el analista deba abstenerse de sentirla y prescindir de ella, sino que debe utilizar su respuesta emocional como una llave hacia el inconsciente del paciente. Paula Heimann se pronunció en sentido contrario a que esto implicara una respuesta o confesión a hacerle al paciente, como lo entendieron Sandor Ferenczi, Alice Balint, Money-Kyrle, entre otros. El artículo de Paula Heimann mereció la desaprobación expresa de Melanie Klein, para quien la contratransferencia era algo en principio que debía merecer un autoanálisis relámpago e inmediato. La contratransferencia interferiría por insuficiente “autoanálisis” la buena marcha del proceso. Ella sería causa del malestar del analista, contribuiría a las interpretaciones erróneas, verdadera simiente de acting-outs y debiera ser ubicada como resultado de una estructura prototransferencial (Neyraut, Luisa de Urtubey) yuxtapuesta o contrapuesta a la estructura de la transferencia.

Lo que sostuvo Heimann pasó a integrar, de todos modos, el corpus teórico kleiniano, dice Phyllis Grosskurth, biógrafa de Klein, pero no es seguro que entre los kleinianos se suscriba en forma unánime la afirmación de Grosskurth (17).

Winnicott, en cambio, dio su aprobación a Paula Heimann en otro artículo revelador: “Hate in Counter-Transference”, donde dice que si el paciente busca odio objetivo o justificado, debe ser capaz de encontrarlo; y en sentido contrario no debe sentir que puede encontrar amor objetivo (17) (28). Importa consignar que en este artículo Winnicott se refería a pacientes psicóticos. Pero también, es válido preguntarse: ¿hasta dónde esta reflexión no es útil para los pacientes neuróticos?

En el artículo de Winnicott “La contratransferencia” de 1960, el autor hace otras puntualizaciones, a saber, la de que el analista tiene necesidad de proseguir su análisis, pero advierte sobre la extensión posible que puede tomar la palabra contratransferencia. Se extiende entonces en lo que denomina la actitud profesional del analista que, por supuesto, se edifica sobre una base de defensas, inhibiciones, disciplina obsesiva (...). Winnicott entiende que el analista está particularmente bajo tensión porque toda estructuración de las defensas de su yo disminuye su aptitud para enfrentar la situación nueva en análisis” (...) pero pone de relieve la actitud profesional que compara al simbolismo en el sentido que supone una distancia entre el analista y el paciente. El símbolo está en la distancia entre el objeto subjetivo y el objeto que se percibe objetivamente (...). Ponía así nuevamente de relieve que entre el paciente y el analista se encuentra la actitud profesional del analista, su técnica, el trabajo que efectúa con sus



facultades intelectuales. Agregaba que no temía decirlo porque no se consideraba un intelectual, sobre todo porque entendía que trabajaba con su yo corporal, pero además: “Me vienen ideas, aparecen sentimientos, se estudian y se pasan por el tamiz, antes que una interpretación sea hecha. Eso no significa que los sentimientos no se tengan en cuenta. Puede pasar que esté mal del estómago, lo que no afecta generalmente mis interpretaciones, o que esté algo estimulado, en sentido erótico o agresivo por una idea evocada por el paciente, pero eso no afecta por lo general mi trabajo de interpretación, ni lo que digo, ni como lo digo, o el momento en que lo digo” (28).

Bion en “Atención e interpretación” (1970), afirma lo siguiente: “En una carta a Lou Andreas-Salome, Freud sugirió su método para lograr un estado mental que le diera ventajas para compensar la oscuridad cuando el objeto investigado era peculiarmente oscuro. Habla de enceguerse de una manera artificial. Como método para lograr esta ceguera artificial he señalado ya la importancia de evitar la memoria y el deseo. Para continuar y extender el proceso incluyo la comprensión y la percepción sensorial entre las propiedades que deben evitarse. La suspensión de la memoria, el deseo, la comprensión y las impresiones sensoriales puede parecer imposible sin una negación completa de la realidad, pero el psicoanalista está buscando algo diferente de lo que normalmente se conoce como realidad (...)” (2).

Lacan critica el término contratransferencia, como también cuestiona el término “situación”, implicado en el “entre dos” barangeriano, y al famoso par, analista-analizando de la dialéctica intersubjetiva, le desliza el desafío de un tercer término, el gran Otro, representante del orden simbólico. Este orden comprende el lenguaje, lugar de palabra, pensamiento, sentimiento, del paciente, y del analista, e instrumental teórico y práctico para la acción esclarecedora, eventualmente curativa. Es un lugar donde también a menudo se falta a la palabra, o donde cuando falta la palabra, las acciones toman el lugar de aquella. El orden simbólico es el lugar desde donde “se cucharea” el lugar imposible del real o de lo real (“una irreal realidad”, como la caracterizó precisamente Melanie Klein), y es una de las ramas del ternario lacaniano. El registro imaginario es el lugar de la imagen, y de los personajes imaginarios, queda adscripto al narcisismo y a la agresividad. De acuerdo a Lacan existirá siempre un saber ignorado del analista. El análisis se yergue por y a través del inconsciente de alguien que se dirige al inconsciente de otro. Se descuenta por lo tanto una comunicación de inconsciente a inconsciente, lo que implica un sinsentido, ya que no se trata de una mayor o menor comunicación, meramente. Lacan sostiene que la contratransferencia queda implicada

en la transferencia, por lo que concluye que ese término le sobra como herramienta teórica útil.

## **CODA**

La búsqueda de la *lingua perfecta* (Eco) fue el punto de partida de este recorrido. El mito de la torre de Babel, se yergue como torre de confusión, e historia de un fracaso por el insano empeño de los hombres en alcanzar el cielo; y un más allá del cielo de un saber. Eco sostiene que cada teoría puede ser entendida y ubicada como un ejemplo *de felix culpa*. Muchas de las prácticas sobre las que teorizamos, desde las taxonomías de las ciencias naturales, a la lingüística comparada, de los lenguajes formalizados, a los proyectos de inteligencia artificial, y las investigaciones de las ciencias cognitivas, él dice, han nacido como *efectos colaterales* de una investigación sobre la lengua perfecta. Hasta aquí, Eco.

En el análisis, también podríamos aventurar que de la historia de los fracasos de cada uno de los intentos de la teoría, puede resultar, por el contrario, consecuencias favorables.

Nuestros teóricos, más concreta y localmente, los pioneros del grupo uruguayo y argentino merecen y tienen nuestro reconocimiento. Ellos nos dieron instrumentos con los que se nos iluminó parte del camino. Puede pensarse, hay derecho a hacerlo y a manifestarlo, que esos instrumentos, para algunos, no sean hoy lo que esperamos, y no corresponde a cómo pensamos, a cómo trabajamos. Así ocurrirá mañana con lo que hoy nosotros pensamos.

Los analistas se caracterizan porque saben menos de lo que algunos les atribuyen, o de lo que ellos mismos pueden creer que saben. Es esta condición menesterosa y declinante, de la que los analistas adolecen, donde radica, paradójicamente, la virtualidad promisorio del análisis.

Este recorrido atravesado de ideas (e ideales) psicoanalíticos, en el que se revelaron pensamientos amalgamados a amores y odios, puede equipararse a la historia de un análisis. Más aún: quizás quede a salvo la esperanza de que en esta historia de amores y de odios, no necesariamente el final no pueda ser, al fin y al cabo, un buen final.

## **Bibliografía**

- 1) BARANGER, M., BARANGER, W. La situación analítica como campo dinámico. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Montevideo, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1961-62. Tomo 4, pte. 1: p. 3-54.
- 2) BION, W. R.: Atención e interpretación. 1970. Paidós. Buenos Aires. 1974. p. 45.
- 3) BOLLAS, Ch.: La révélation de l'ici et maintenant. Nouvelle Revue de Psychanalyse. Numéro 27. Printemps 1983. p. 262-272.
- 4) BORGES, J.L.: Ficciones. 1941. Alianza Emecé. Barcelona. 1985. p. 14.
- 5) CHAWKI, A.: J'ai réussi là où le paranoïaque échoue. Editions Denoel. Paris, 1991. p. 167.
- 6) ECO, U.: La búsqueda de la lengua perfecta. (1990-93). Crítica. Grupo Grijalbo-Mondadori. Barcelona. 1994. p. 20-21; p. 23.
- 7) FREUD, S. BREUER, J.: Estudios sobre la histeria. (1893-1895). Amorrortu editores. Tomo II. Bs. As. 1979. p. 55; p. 273; 294-295.
- 8) FREUD et FERENCZI, S.: Correspondance, I. (1908-1914): Calmann-Levy. Paris. 1992. p. 3, p. 603.
- 9) FREUD, S.: La interpretación de los sueños. (1900). Obras completas. Tomo IV. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 199.
- 10) FREUD, S. A propósito de un caso de neurosis obsesiva. (1909). Obras completas. Tomo X. Amorrortu editores. Bs. As. 1979. p. 127-194.
- 11) FREUD, S.: Sobre la dinámica de la transferencia. (1912). Obras completas. Tomo XII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 102-103.
- 12) FREUD, S.: Psicología de las masas y análisis del yo. (1920) Obras completas. Tomo XVIII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 85; p. 110.
- 13) FREUD, S.: Fragmento de análisis de un caso de histeria. (1901). Obras completas. Tomo VII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 98-107.
- 14) FREUD, S.: Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. (1910). Obras completas. Tomo XI. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 136.
- 15) FREUD, S.: Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (1914). Obras completas. Tomo XII. Amorrortu editores. Bs. As. 1979. p. 164-174.

- 16) FREUD, S.: Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. (1912) Obras completas. Tomo XII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 115-117.
- 17) GAY, P.: Freud. Una vida de nuestro tiempo. (1988) Paidós. Barcelona. 1988. p. 643-651.
- 18) GROSSKURTH, Ph.: Melanie Klein. Su mundo y su obra. (1986). Paidós. Barcelona. 1990. p.397-398.
- 19) HEIMANN, P.: Acerca de la contratransferencia. Rev. Uruguay de Psicoanálisis. IV (1) 1961-62, p. 129.
- 20) KLEIN, M.: Los orígenes de la transferencia. Obras completas. VI. Paidós. Hormé. Bs. As. 1980. p. 261-270.
- 21) LACAN, J.: LE SEMINAIRE. LIVRE VIII. Le transfert. (1960-61). Seuil. Paris. 1992. P. 215-231.
- 22) MANNONI, O.: La otra escena. Claves de lo imaginario. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1973. p. 87.
- 23) PLATÓN: Simposio (Banquete) o de la Erótica. Editorial Porrúa. México. 1989. p. 370-378.
- 24) ROUDINESCO, E.: La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia. 1. (1885-1939). 1986. Editorial Fundamentos. España, 1988. p. 25; p.134-135.
- 25) SAFOUAN, M.: La transferencia y el deseo del analista. Paidós. Bs. As. 1989. p. 39.
- 26) URTUBEY, L. de: Le travail de contre-transfert. 1994 Rev. Franç. Psychanal. N° 31. 1994. p. 1-187.
- 27) URTUBEY, L. de, Sobre el trabajo de contratransferencia. Rev. de Psicoanal. V. 51, n° 4; 1994. p. 719-727.
- 28) WINNICOTT, D, W,: De la pédiatrie a la psychanalyse. 1935-1963. Payot. Paris. 1969. p. 48-58; p. 229-266.